

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

*PROSPECTO*

Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término, y a veces suele ser el más corto de todos, según que dicen los profetas: «Vi al impío fuerte, elevado como el cedro: pasé, y ya no le vi; volví, y ya no le encontré». Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos. Hay pestes, hambres, terremotos, nada falta en este mundo; pero más que todo hay tiranía. Y si nos alumbran bien las luces de nuestro entendimiento, ya decimos que el cólera asiático hace menos estragos en los hombres que un Atila; que un Caracalla les es más ruinoso que la mayor hambre; que un Rosas es más temible que un Vesubio. Los azotes naturales con que nos castiga la Providencia, de ella vienen al fin, y por el mismo caso ni nos desesperan, ni nos causan sentimiento; porque estando como estamos natural y obligadamente en sus manos, se nos puede tratar por ella según conviene a sus altos juicios, sin que de ahí tomemos ocasión para indignarnos. Empero las calamidades que nos vienen de nuestros semejantes, de nuestros hermanos, traen consigo una punta de amargura, que sobre causarnos males positivos, despiertan en el corazón un afecto indeciso, un nosequé de acedo e insufrible que redobla nuestras pesadumbres, y es el vivo resentimiento experimentado siempre por el alma sensitiva cuando ve venir los males de donde no debía esperar sino buenos oficios. Los hombres, en el mismo hecho de serlo, debieran de valerse unos a otros, supuesto que el padre común de todos les tiene mandado conceptuarse unos mismos y propender a su mutua felicidad.

A fuerza de ver que nunca ha sido así, ya miramos como cosa corriente las desolaciones que los azotes del género humano van haciendo en su arrebatada carrera. Timur o Tamerlán manda asesinar cien mil prisioneros indios, por haberse sonreído algunos a la vista de su campamento; se le antoja al mismo, o era a otro príncipe, erigir una gran torre de cráneos humanos, y he ahí la ciudad de Ispahán gravada con un tributo de setenta mil cráneos frescos; y ese Caracalla nombrado poco ha, sin el menor motivo, hace de repente matar todos los habitantes de Alejandría. Vemos estas cosas en las historias, y poco nos horrorizan, y casi no nos admiran: debe ello ser que los siglos se interponen entre esos acontecimientos y nuestra alma, y de puro estar distantes nos obligan a quedar fríos. Pero demos que un tiranuelo de casa, un contemporáneo venga a oprimirnos, siendo como es y debe ser tan nuestro igual, y todo es hervir de enojo y tenernos por los más tristes de los hombres. Allí está Julio Arboleda que, con haber muerto a lanzadas atados a un poste, o a balazos en el patíbulo, unos trescientos compatriotas suyos, nos impresiona más desagradablemente que Sila haciendo degollar en el Pretorio diez mil prisioneros con la mayor serenidad del mundo. Allí está Gabriel García que, con haber fusilado él también algunos prisioneros inermes, después de haber azotado a un general y obligádole a morir,

nos parece peor o a lo menos tan malo como el que puso fuego a Roma. Es que nuestro Don Gabriel ponía fuego a un edificio que vale más que Roma, la civilización moderna.

Por esto es que nos sentimos tan aliviados cuando el Cielo nos quita de por medio estos Julios y Gabrieles, que en verdad, mejor les hubiera estado a ellos mismos quedarse allá increados en el seno de la nada, que venir a modo de Anticristos trayendo un juicio anticipado y prematuro a los pobres de sus compatriotas.

Somos de parecer que el castigo de los grandes pecadores debe dejarse a la Providencia, bien así como las leyes antiguas no imponían pena ninguna al parricida, por cuanto les había parecido tan inhacedero ese crimen y tan superior a todo castigo humano, que lo dejaron sabiamente a Dios. En el orden de nuestras cosas, y tocando de paso al afamado García Moreno, diremos que entre todas sus acciones no hay ninguna peor ni de tan ruines consecuencias, digan lo que quieran los demás, que la vapulación introducida por él como resorte de gobierno. Ha matado; todos los tiranos han matado. Ha ahogado la voz pública; lo mismo hacía Flores. Ha desterrado Senadores y Diputados estando para reunirse en Congreso, crimen de más de la marca, pero en fin no sin ejemplo: éste es Napoleón primero dispersando a sablazos la Asamblea Nacional. Portales, célebre ministro de Chile, hacía dar de azotes a los ladrones y forajidos, sistema penitenciario, cosa muy diferente de la política. Pero no hemos sabido que ni en la refinada tiranía del mismo Manuel Rosas ni del Doctor Francia haya entrado jamás tan monstruoso castigo. Este es el parricidio para cuyo crimen los romanos no alcanzaron a hallar pena.

Íbamos a decir que hay un medio de evitar la perpetuidad de las venganzas, o lo que es lo mismo, las desgracias de los pueblos; este medio es el perdón. Bien hubiéramos querido ver un congreso sabio y digno constituirse en tribunal del gran culpable, llamarle a juicio, interrogarle, aterrarle e imponerle la pena de sus delitos. La justicia no debe prescribir; pero los odios individuales, los enconos de partido, los rencores de persona a persona, ¡termínense por Dios! De lo contrario, enhilando agravio tras agravio, desquite tras desquite, venimos a forjar una cadena interminable en la cual nos enredamos, y a costas con nuestra propia obra, somos esclavos de nosotros mismos, de nuestras malas pasiones, la esclavitud que más desafortuna y envilece a la familia humana.

Si en nuestras manos estuviera la suerte de Don Gabriel García, le pusiéramos cortésmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de coronas y laureles; sino urbana, humana y generosamente, cual a hombre de nota que supo hacerse nombrar, si bien por el mal camino, persona de alto lugar y puesto. Él ha sepultado a los ecuatorianos en las montañas salvajes, entre los indios bravos y las fieras; nosotros le enviaríamos al país de los extranjeros, al país de la hospitalidad, al país de los ingenios, ¡a Francia! Gustan sobre manera las lágrimas que César vierte sobre Pompeyo, gustan sobre manera al pecho generoso las que Augusto derrama por Antonio, y prenda la conducta de ciertos grandes hombres que las toman con sus enemigos en desgracia, bondadosos y civiles, cuando podían matarlos o infamarlos. El Regente de Inglaterra, desengañando la confianza de Bonaparte, recibéndole como a enemigo cuando venía como refugiado, mandándole como a Crisóstomo al desierto Pítico

cuando llegaba a sus umbrales como Temístocles, no puede sino ser un feo personaje, muy repulsivo para los ánimos excelsos.

Y esa honrosa expatriación que impondríamos a Don Gabriel, no sería pena ni obra de venganza, sino conveniencia propia suya y de la Nación, atento que su alma inquieta y rudas afecciones no se acomodaran quizás a dejarle en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él o con su patria. Si así como se deja llevar de esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia, tomaría el camino de Europa, y allá se fuera a desplegar sus talentos que le tienen para sabio y no para magistrado. Podría él llegar a ser un Cuvier; un Sully, nunca. Y es gran ceguera dejar un camino ancho, suave y fuera de peligro, por donde se va a la gloria limpiamente, por un vericuetto intrincado y escabroso que al fin lleva al abismo. Si a fuerza de filosofía y buen comportamiento hiciere olvidar sus faltas y los males con que ha hecho gemir a los ecuatorianos, bien podía suceder que todos le perdonasen y empezasen a ver en él un hombre útil por sus prendas, si ya se arrepentía y dejaba de ser pernicioso por sus defectos. Veremos lo que hace; pero entre tanto gocemos de estos instantes de libertad que suelen ser fugitivos cuando ella no está en buenas manos. Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años.

Y pues nos proponemos escribir para el público, no para los partidos, bien será ponerle al cabo de qué y cuánto ha de esperar de los que con él se obligan voluntariamente. Desde luego nos ha de ocupar la suerte del continente americano, sin, que tengamos por ajenos a nuestro propósito los grandes acontecimientos de Europa y del mundo entero, si el caso lo pidiese. De «*Cosmopolita*» hemos bautizado a este periódico y procuraremos ser ciudadanos de todas las naciones, ciudadanos del universo, como decía un filósofo de los sabios tiempos. Las revoluciones, las guerras, los desastres y progresos de las repúblicas que más de cerca nos tocan, llamarán nuestra atención con preferencia, y hablaremos de ellas, no como de patrias ajenas, no como extranjeros neutrales, sino como hijos de su seno, como ciudadanos de sus estados, como obedecedores de sus leyes; pues tenemos bien creído que la sangre que corre por las venas de los hispano-americanos, la lengua, los comunes intereses y la semejanza de pasado y porvenir, infunden en el corazón afecciones de viva fraternidad, ideas de unión y favorecimiento en la cabeza, en el corazón y la cabeza no mezquinos ni egoístas.

La patria propiamente dicha, este pedazo de las entrañas, como hubiera dicho Chateaubriand, el gobierno a cuyas leyes vivimos sujetos, la política de los gobernantes serán asimismo parte de nuestro asunto. No ofrecemos prescindir de la política, siendo como es y debe ser la cosa mayor y principal que ha de ocupar a los ciudadanos. Los hombres libres en Atenas y Esparta por obligación habían de concurrir a las juntas en donde versaban los intereses de la República: los ilotas prescindían; la ley los hacía prescindir. Solón conmina con la infamia a los ciudadanos que no tomen parte en las disensiones civiles; con mayor razón hubiera este sabio legislador condenado a la infamia

a los que *prescindan* y tengan en menos las discusiones públicas en donde se ventila lo perteneciente a la moral, la rectitud y la justicia del gobierno; al provecho y bienandanza de los miembros constitutivos de esto que se llama sociedad, nación, estado.

No ha influido poco antes de hoy en nuestro espíritu, y por lo tanto obrado en nuestra conducta, aquella extraña filosofía de los cirenaicos que aconseja no hacer muchas cuentas de los negocios de la república; o a lo menos ser indiferentes a ellos, por conceptuar injusto que los hombres dignos y de bien se expongan a peligros por locos y viles. Todo bien considerado, éste no es sino un sofisma, que de ser seguido, haría llover males sin cuento sobre la especie humana. Pues no necesita demostrarse que si los buenos dejan el campo, serán los malos quienes lo señoreen victoriosos, y los gobiernos vendrán a ser concursos de bribones.

También nos hemos dejado inficionar de la arrogancia de aquel orador que habiéndole rogado una ciudad pequeña viniese a enseñar la retórica respondió que el plato era muy chiquito para el delfín. No hay plato chiquito para el que desea el bien de los semejantes: poco hace al caso que el teatro en donde se representa sea reducido y pobre; si se representa bien, no faltará quien haga justicia; y en resumidas cuentas, vale más la modestia que la necia presunción, la cual por la mayor parte mantiene en la oscuridad a los que la llevan en el pecho. Buena lección nos tienen dada aquellos dos prohombres en cuya gloria venía rebosando el mundo, de los cuales el uno sirvió gustoso de alcalde en la humilde ciudad de su nacimiento, y el otro no renunció un emplefílo ruin que sus enemigos se empeñaron en darle por escarnio, después que hubo puesto en las nubes a su patria venciendo a Agesilao y presidiéndola muchos años como primer magistrado y gran político.

Eso sí, haremos por no ser como el vulgo de los escritores; pues nuestra opinión no difiere de la de aquel que dijo «que las ciencias, las artes, la política, la humanidad en fin hubieran ganado mucho, si menos personas hubieran escrito acerca de ellas». Trataremos de todo con respeto y dignidad, y sólo cuando estemos muy al cabo de lo que acometemos. Las personalidades no hablarán con nosotros; pero averigüémonos bien. Son personalidades las que tocan al carácter y conducta privados de las personas; son personalidades las que desentrañan hechos, que sin ser útil saberlos a la justicia, dañan al individuo a quien se los achacan; son personalidades los cerriles improprios que se dirigen al sujeto, no los justos cargos al ciudadano. No es de nosotros alzar el velo que cubre el hogar doméstico ni seguir los pasos que no llevan a la cosa pública, ni asestar flechas, si el deber de censores y el ahínco justiciero no nos mandan dispararlas. Mas no son personalidades los actos que se entroncan directamente con el procomún. Y cuidando de no faltar al decoro, no dejaremos de abrumar a los enemigos de las leyes, a los poco adictos a la Patria, a los delincuentes magistrados, si por desdicha continuase el mal aventurado sistema de gobierno que el Ecuador ha sufrido por cinco eternos años.

Esperamos con harto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la constitución, desconocedores del derecho ajeno, holladores de los códigos que reconoce la República. Don Gabriel García no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres. Él siguió su camino, y por el

alto cielo, que no pocos escollos y escabrosidades ha tenido que vencer. Don Jerónimo Carrión siga otro y busque esa veredita, aunque estrecha, no del todo impracticable, por la cual se llega al corazón de los ciudadanos; menos difícil es de lo que parece a malos ojos. Firme en la justicia, si bien no en tal extremo que no blandee alguna vez en beneficio de la clemencia; apoyado en la vara de la sabiduría, escudado con la constitución y siguiendo el rumbo del honor, se desemboca fácilmente en ese paraíso; paraíso es el amor de los hermanos, paraíso la felicidad que se labra a todo un pueblo. El decreto por el cual el Gobierno ha declarado vigente la ley de patronato es un paso de gobierno ilustrado, un buen agüero de lo porvenir. Aclare su conducta, decídase y tome resueltamente por el camino del bien, y la opinión del pueblo será suya, y en favorecerle se cifrarán los esfuerzos de los patriotas verdaderos.

Pero como no nos proponemos ser solamente Timones y Aristarcos importunos en política, habremos de procurar que nuestro escrito tenga halago para todos. A las duras lecciones de gobierno seguiré, si bien saliere, tal cual trozo de literatura y de amena poesía, de esa poesía que desarruga la frente y hace olvidar la deportación; de esa ciencia sobrehumana con cuyo socorro Ovidio suaviza el rigor de la suya cantando dulcemente los amores de los dioses. Los reyes y generales de Esparta estaban obligados a hacer un sacrificio solemne a las Musas para salir a una guerra o a cualquiera expedición de trascendencia. ¿No es éste el homenaje que las armas rinden al ingenio? Y si los adustos espartanos sacrificaban a las Musas, ¿con cuánta más razón no sacrificaremos en sus altares, nosotros que gustamos de ir a sorprenderlas en su templo del Parnaso? Platón desterró de su república a los poetas; pero esos mismos espartanos se cubrieron de gloria a causa de Tirteo que encendía y atizaba en sus pechos el fuego de la guerra. ¿Y no fue Eurípides quien salvó con sus versos centenares de atenienses al punto de ser pasados por la espada de los siracusanos? ¡Poderoso, dulce influjo de melodía, que a trueque de gozarlo de los labios de un prisionero, lo dejan vivo los mismos enemigos sedientos de su sangre! Platón hubiera desterrado del ejército de Nicias a Eurípides; ¿qué hubiera sido entonces de tantos ilustres atenienses? Todos hubieran sido pasados a cuchillo.

Pues bien, si tanto puede la poesía de buena ley, será sujeto principal y le alzaremos un solio en nuestra república. Poco importa que ella venga en prosa o pomposamente ataviada en los hemistiquios de Virgilio. Si la Jerusalén libertada estuviese escrita en prosa, no dejaría de ser tan poética y seductora como es. Si el Telémaco lo tuviésemos en verso, poco ganaría, y Fenelón no fuera mayor poeta. Mas procuraremos que haya de uno y otro, porque es la pura verdad que un hechizo misterioso derraman las ideas vaciadas en los melifluos y sonoros endecasílabos de Garcilaso, y la guerra misma se reenfurece, por decirlo así, y crece en sanguinaria pompa descrita por las valientes pinceladas con que retumba el Tasso.

*Sol de'colpi il rimbombo in torno mosse*

*L'immovil terra, e risonare i monti.*

No sabemos lo que será la *Ilíada* en verso heroico forjado en la fragua del mismo Homero; mas parécenos que debe ser sublime la despedida de Héctor y Andrómaca, tiernos los espantos y vagidos del muchacho Astianax al ver el aspecto guerrero de su padre y el resplandor de sus bronceas armas. Pero vamos a ver, la *Ilíada* traducida en prosa a todos los idiomas del mundo ¿deja de ser la *Ilíada*? Diremos que falta la música de la rima; pero la poesía allí está rebosando. Hay poesía en prosa, la hay en verso.

No di yo la vuelta al globo como sabio navegante descubriendo tierras desconocidas, rompiendo los témpanos eternos que obstruyen el paso de los polos; no encontré islas desiertas en donde serpenteasen deleitosos y fecundos ríos, en donde se alzase sobre escarpadas florestas encantados palacios de Armidas y Reynaldos; no penetré las selvas de África ni las hube con leones y panteras, como esos viajeros cazadores que allá rompen las puertas que la naturaleza quiso mantener cerradas y van a sorprender sus misterios en el corazón del Sahara o en los impenetrables bosques de las vírgenes montañas. Pero recorrí casi todas las naciones cultas de Europa estudiando su política, observando sus costumbres, abominando sus vicios, admirando sus buenas cualidades; y como los hombres ilustres suelen ser en todas partes el resumen de los progresos de su patria, procuré verlos y conversar con ellos entrándome por sus puertas a título de extranjero y de acatador del ingenio y las virtudes.

Pero si esto me comunica alguna honra, no pongo la monta en ello. Mis ascensiones a los montes célebres, mis contemplaciones tristes en las ruinas del Coliseo, mis paseos nocturnos por entre los escombros de la Ciudad eterna, mis melancolías, ¡ay! mis melancolías en las casas desiertas de Pompeya son los que me hacen valer algo a mis propios ojos; porque si la conversación y el trato de los hombres engalanan el entendimiento, como dice Gibbon, la soledad es pábulo del numen. Otro mundo es ése a que el alma se remonta a solas cuando uno lleva sus pasos por los lugares renombrados, pensando en lo presente rememorando lo pasado, cavilando acerca de lo porvenir, solo, triste y acaso entre las sombras de la noche. Con menos gratitud me acuerdo del alcázar de Versalles y del palacio Pitti que de las ruinas del templo de la Paz y la Columna de Trajano; menos pueden conmigo las ruidosas mascaradas de la Fénice y de la Ópera que el baile extravagante que unos pastorcillos me ofrecieron para mi recreo en un templo ruinoso de Puzzola, cerca de los antiguos jardines de Agripina; en menos tengo la presencia y las palabras de sabios y poetas de las ciudades vivas, que esos romanos majestuosos de negra barba y misteriosa catadura que encontré no pocas veces sentados melancólicamente en una piedra derrumbada del *Tabularium* o de la casa de los Césares.

La soledad en medio del siglo es lo que más nos vale; pues si la compañía y concurso de gente nos enseñan a vivir, el aislamiento y la conversación consigo mismo nos enseñan las cosas de que más nos conviene estar actuados.

*If from society we learn to live,  
T'is solitude shouth teach us how to die.*

No tendrán que sonreírse mis lectores de inverosímiles aventuras, ni les describiré saraos brillantes en mansiones de señores, porque no los he pasado. Pero sí navegarán el lago Averno y entrarán a la cueva de la Sibila de Cuma; les haré subir conmigo al Monserrate o al Vesubio; atravesaremos ese viejo Tíber, precisamente por donde lo pasó Clelia ahora dos mil años.

Yendo a conocer la roca Tarpeya entré por una puertecilla vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro fue quien me la abrió y, me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fue precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. ¿Esta es Roma? decía dentro de mí mismo; ese montón de ruinas que allá parece, entre las cuales está ladrando lúgubrementemente un perro, ¿fue la ciudad que dio Escipiones y Pompeyos? Y esa triste montañuela que da mezquino pasto a cuatro esqueletados búfalos, ¿llamábase Aventino, y vio en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley a los Quintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros hacinados aquí y allí formaron tal vez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacudiendo su ensangrentada clámide: por esa vereda espinosa, quizás la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la sangre del tirano a buscar a Roma en donde no hallasen servidumbre.

El mundo antiguo y grande rodaba en mi cabeza, y, ni sentía yo la lluvia que caía sobre mí, ni la neblina que me circundaba como para concurrir a la funestidad de aquella escena. La mujer que me dio entrada se había retirado a la casuca donde vive, y me hallé solo en medio de tantas y tan grandes sombras como iban pasando delante de mis ojos. Vi a Lucrecia; vi pasar el cuerpo de Cicerón sin cabeza, y ésta rodando a los pies de su enemigo que reía a carcajadas; vi a Catilina corriendo como furia con un tizón en la mano, poniendo fuego a los templos de los dioses; vi... ¿Qué voz podrá decir cuanto se puede ver en Roma? Al volver de mi sublime desvarío vi ya positivamente: vi a la mujer romana que en su corredorcillo se estaba a contemplarme, curiosa de ver despacio un extranjero tan solitario y taciturno: vi las gotas de agua que caían monótonas sobre las piedras resbalando de la humilde choza: vi un jergón en donde estaba acurrucado un gato negro de ojos centellantes: vi un gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía. Y a tiempo que esto veía el grito de las ranas, subiendo del Foro, llegaba a mis oídos en uno con el balar distante de alguna hambreada oveja. Y volví a decir dentro de mí mismo: ¿Esta es Roma? Roma eran ambas: la una, la Roma de los prodigios, la Roma de las virtudes, la Roma de los grandes hombres y de las grandes cosas, la Roma de ahora veinte siglos. La otra, la Roma de los vicios, la Roma del hambre y la miseria, la

Roma de la nada, la Roma de nuestros días. Y cuando salí haciendo este triste paralelo en mi cabeza, se confirmó mi juicio con la cantinela que bajo las murallas derruidas de la ciudad alzaban los arrieros al tardo paso de sus mulos. La oyeron otros viajeros, la oí yo, la ha de oír todo el que tenga oídos para las voces de sentido grande y melancólico.

*Roma! Roma! Roma!*

*Roma non é piú come era prima.*

Estas son las cosas pasadas por mí, éstas las he de referir para los que gustan de viajes sentimentales. No los escribo como Sterne; pero si puedo escribirlos conforme a la verdad y a las blandas o amargas afecciones que acarrea conmigo por las ciudades más famosas de lo antiguo y lo moderno. Los Pirineos y los Alpes son hermanos; de los unos pasaremos a los otros, del Arno al Guadiana, del Anio al Manzanares; o iremos por las floridas márgenes del Turia aspirando rosas y jazmines, regalándonos con esos dorados pomos, provocativos y sabrosos más que los del jardín de las Hespérides. Tomaremos un baño en el Genil para hacernos prodigios las bellas de Granada, bien así como los suaves indios se hacen aceptos a sus genios con bañarse en las aguas corrientes del afortunado Ganges. Y subiendo a la Alhambra por el bosque en donde el ruiseñor suelta la voz divina, resonarán nuestras pisadas en los propios mármoles que oprimieron las plantas del fiero Aben Said y de la bella Saida.

El Darro separa las colinas del Albaicín y de la Alhambra: es ese un riachuelo borrascoso, a pesar de su reducido caudal, que entre piedras y chaparros se precipita braveando, límpido, travieso, haciendo espuma a los recodos y conchitas en donde las ninfas se refrescan; veloz como un saetín en otras partes y mal enojado, si da con una grande piedra que le interdice el paso. Sus orillas son montuosas, verdes, llenas de silvestres flores, hasta que baja a la campiña de Granada a entregarse al Genil y, ondas con ondas confundidas, la van fertilizando y hermojeando en el largo trecho que la bañan. ¿No será de nuestro gusto, en una mañana de abril, fresca, pura, con un sol resplandeciente y halagador pasar de la Alhambra al Generalife atravesando el Darro?

Licurgo mandó colocar la estatua de la risa en todas las mesas públicas. En Lacedemonia los ciudadanos comían juntos, sin que de esta obligación estuviesen exentos los reyes ni los éforos. Tenía para sí aquel gran legislador que la vida más austera debía templarse con tal cual pasatiempo honesto, y que era conveniente quitarse las canas con algunos instantes de bien sazónada charla y un asomo de ironía culta y salerosa, capaz de separar los labios según la costumbre de Demócrito. Si Licurgo, el severo e inflexible Licurgo, hizo venir la estatua de la risa a los banquetes de los lacedemonios, ¿cómo la habíamos de proscribir de nuestra humilde mesa? Rabelais se hombra, en las librerías de los doctos, con Homero y Tito Livio; Lafontaine ocupa lugar eminente en ellas, y nada se

hace sin Molière. ¡Quién nos diera ser capaces de agenciarnos con frecuencia algunos instantes saludables para este abatido cuerpo! Saludable es la bien nacida risa, dulce su imperio, y los sabios no la desdeñaron, sino es la del gremio de los necios. Las estatuas y retratos de la Hermosura por la mayor parte están sonreídas en el Vaticano. Los niños, inocentes y virtuosos por el mismo caso aun sin saberlo, ríen mucho; y la nación más culta e importante de la tierra lo hace todo riendo. ¿Hay racional en el mundo que no guste de Cervantes? Al invencible Don Quijote no le resisten ni los alemanes con todo su carácter frío, penoso, tétrico. ¿Y puede algo con los ingleses el *spleen* cuando ese Panza amigo vuelve del Toboso a dar cuenta de su embajada a su amo? Una de las injusticias más lastimosas para Juan Jacobo Rousseau es la temeraria, falsa e impía acusación de sus enemigos, de que en su vida se rió. «Eran unas carcajadas con Diderot y d'Alembert, dice, que no había más que oír, cuando a la buena de Teresa se la había metido en la cabeza tenerme por el Pontífice Romano. De donde provenían a su juicio los miramientos y atenciones de que yo era objeto acerca de los nobles».

Si es preciso reír, riamos; si conviene llorar, lloremos. El hombre es un péndulo entre una sonrisa y una lágrima, ha dicho un gran poeta. Y estoy para creerle cuando considero que no hay ente más desigual que el hombre; tan desigual, que algunos filósofos antiguos se atrevieron a regalarle con dos almas.

El ejército cartaginés había entrado en miedo, a pesar de haber vencido ya una vez a los Cónsules romanos, con motivo de las legiones numerosas que éstos pusieron en campaña después de su derrota, contra toda la previsión del enemigo. Andaban pues los cartagineses indecisos, penosos y cavilantes con el funesto y acaso no remoto porvenir que les aparejaba la fortuna, y antes con gana de llorar que de reír. Giscón, personaje de alto lugar entre ellos, se va para Aníbal, y todo maravillado y afligido: -¿Veis, le dice, cuán numeroso y admirable ejército contra un puñado de hombres como nosotros somos? -Sí, responde Aníbal; pero hay una cosa que me admira mucho más. -¿Cuál? -El ver que en tan gran muchedumbre de enemigos no haya uno solo que se llame Giscón como vos. Y los cartagineses como lo van sabiendo, y el mismo Aníbal se toman a reír tan desencajadamente, que no acaban ni cuando se empeña la batalla, y riendo consiguen la victoria, sin encontrar ni un solo Giscón entre todos los que van matando.

Puede ser que nosotros tampoco encontremos ni un Giscón en la multitud de enemigos y envidiosos como verosíblemente nos vamos a concitar, sin razón por cierto; pues no pertenece a nuestro plan hacer daño gratuito a nadie; mas suele ser uno muy grande no estar al nivel de tanto necio o perverso como infestan las ciudades, haciendo mucho y sin hacer nada, sino el mal de sus semejantes. *Stultorum infinitus est numerus*. Haremos lo que Aníbal, riendo llevaremos cuesta abajo a nuestros enemigos, si ya merecen nuestras armas. Y las costumbres, asunto de los buenos ingenios, como Carlos Dickens en Inglaterra y Balzac en Francia, tendrán, con todo la modestia necesaria, su lugar en nuestro escrito.

Si se nos contradijere en los asuntos serios con buenas razones y con la urbanidad que cumple a la gente delicada, nada quedaremos a deber en buen trato y miramientos a nuestros contradictores. Si echen por el camino de los oprobios, como por desgracia se

suele acostumbrar en estos oscuros países, responderemos como Foción. Un enemigo suyo le interrumpió su discurso cuando hablaba en público para colmarle de injurias calumniosas y groseras. Calló el orador, y sin dar la menor señal de enojo se estuvo con gran serenidad esperando que su descomedido adversario concluyese; y así como hubo concluido, pues no había quien echase leña a su ira, tomó el hilo de su arenga y en el mismo tono que al principio continuó sin proferir un término acerca de las imputaciones e insultos que acababan de oír todos. No hay réplica tan picante como tal desprecio, dice Montaigne. Los que nos calumnien, los que nos agravien, los que nos llamen importunos eruditos, enemigos de bajosuelo han de ser, e ignorantes. Si no obtuviesen de nosotros respuesta por escrito, sepan desde ahora y para siempre que les contestamos a la manera de Foción.

Los tontos quieren que todos lo sean; los desalumbrados se incomodan de que otros sepan algo, y se arrojan a zaherir a quienes hablan por boca de la moral y la filosofía. Si el ingenio propio no da de sí cuanto quisiéramos para ilustrarnos e ilustrar a los demás, ¿cómo no acudir a los sucesos y palabras de los tiempos y varones superiores a nosotros? Epicuro escribió trescientos volúmenes sin una sola acotación ni pensamiento ajeno. Pero este Epicuro era el más orgulloso de los hombres, y el único entre todos que se ha atrevido a llamarse sabio él mismo. Crisipo hacía todo lo contrario. ¿Y no vemos a cada paso en los autores modernos de más nota: «como dice Plutarco», «en el sentir de Plinio», «conforme al dictamen de Aristóteles»? Tengo para mí que un suceso grande y aprobado por los siglos, una sentencia o apotegma filosóficos prestan más para la instrucción y el deleite, que la insulsa y dislocada riada de términos vacíos que van los ingenios vulgares echando afuera, sin provecho de nadie, pero sí tal vez en daño de los buenos. Si hemos de hablar de sabiduría, nombremos a Sócrates; si de virtud patricia, a Catón; si de desinterés, a Epaminondas; si de fidelidad y fortaleza, a la esclava Epicaris, y habremos dicho más y mejor que lo alcanzáramos con nuestros solos pensamientos y aficciones. ¿Por ventura será malo estar al cabo de la historia? Ella es el libro de la sabiduría, y el que leyó una página vale más que el no leído. Los letrados en la China gozan de mil privilegios, son unos como Vestales, que para el augusto encargo de mantener el fuego sagrado, han menester veneración de parte de los fieles. Pero he aquí ladrado de perros el que tuvo la osadía de manifestarse algo instruido, al mismo tiempo que las sacrosantas cláusulas de libertad y patria, si eran pronunciadas de buena fe, le hacían recomendable y digno de respeto de los libres y patriotas. Reinen, reinen las tinieblas. Pero los que estamos pasando la flor de la juventud en la vida privada, a vueltas con nuestras ansias de saber, no tocados por el vaivén eterno de la baraúnda política, mucho tiempo hemos tenido de leer, de estudiar, de aprender, de sentir.

En orden a lenguaje sepa, si alguno se previene a censurarnos, que lo hemos aprendido en los autores clásicos, en los escritos del buen tiempo. Suele suceder que el torneo de una frase no suena bien para un oído torpe; que una manera de construcción, autorizada acaso por Cervantes y Granada, no la oyeron ni la saben los instruidos por Mata y Araujo; que no alcanzan a estimar un corte nuevo para ellos y elegante, y todo es lanzarse en ciegas invectivas sobre que no entendemos de gramática o que faltamos al arte de hablar bien; para lo cual acuden luego a sus librajos, sin venírseles a las mientes que no hay arte ni diccionario capaces de contener toda una lengua, y que donde se la estudia y aprende,

donde se la chupa el jugo, si hay quien me sufra esta expresión, es en los autores consagrados por el asenso unánime. Si hubiere quien venga a corregirme el uso de algún verbo, cuidado que le ponga cara a cara con los Argensolas; si burlarse quisiere de un modismo nunca visto ni oído por él, tendrá tal vez que haberlas con todo un Moratín, o cuando menos con un Mor-de-Fuentes. Pues advierto desde ahora que en hecho de lengua yo nada he inventado, y si algo hay nuevo en mi modo de decir, lo debo a la lectura de los maestros del siglo de oro de nuestra habla, guiada por la sabiduría de Capmany, Clemencín y Baralt, ilustres defensores del español castizo. No digo que yo tenga aquel primor, aquel hábil tanteo que se ha menester para llamarse un escritor pulcro y remirado; pero sí me creo con derecho para desdeñar a tanto crítico zarramplín, que sin haber leído jamás una página de Jovellanos, acomete a engolfarse en lecciones superiores a sus aptitudes. El no entender nosotros una cosa o no haberla jamás oído, no es razón para tenerla por mala; y debemos medirnos mucho en esto de criticar, no nos suceda lo que a ese librero que tenía en su casa un Homero corregido de su propio marte; esto es, que Alcibiades lo supo, entró furioso en ella, y le dio de bofetones.

Cosa muy diferente es crítica de los hombres instruidos: para ellos tendremos el oído atento, y así como nos tomen en errores o descuidos, nos aprovecharemos presurosos de su sabiduría. Bondad, blandura, trato fino, dotes son de ingenios doctos y de bien formados corazones. En ellos los conoceremos, y no haremos caudal sino de su bien nutrido juicio.

La educación del sexo hermoso a que pensamos y debemos consagrar no pocas líneas, la hemos dejado para lo último, como descanso de los no siempre agradables discursos de política y gobernación de Estados, y aun de los otros temas capaces de excitar el numen de los escritores. ¿Numen ha de haber más inspirador que éste llamado ángel por unos, demonio por otros, pero demonio o ángel que tiene en sus manos la suerte de las humanas sociedades? Eduquemos a la mujer, sí, eduquémosla, no según los dómines antiguos educaban a los niños, con todo el rigor de un amo crudo, ensangrentándolos y haciéndolos nadar en lágrimas, sino con paciencia de filósofos, con cariño de padres, con bondad y mansedumbre de cristianos, sin perder de vista que ese demonio es el ente más sensitivo, más blando de condición, más fácil de levantarse y purificarse por la dulzura, como de corromperse y bastardear por la rudeza. ¡Pobres mujeres! Verdad es que no las feriamos en las plazas públicas, según se estila en los países mahometanos; ni tenemos harenes en donde sirven, máquinas vivas, para los placeres brutos de hombres bastardeados; ni nos hacemos servir de ellas cual si fuesen esclavas por naturaleza, sin dignarnos poner nuestro corazón en el suyo: pero con todo ¡cuán distantes se hallan todavía del lugar que las leyes naturales les señalan igualándolas en derechos al sexo masculino, de las leyes sociales que en los pueblos cultos las han dignificado y engrandecido tanto! Los hombres mismos somos aquí muy bastos e ignorantes; poco tenemos que enseñarles; pero si tenemos poco, aprendamos y compartamos con ellas las luces adquiridas. No hablo de ciencias; lo abstruso nada les importa; mas aún, casi siempre las adorna en su perjuicio. Hablo de aquel arte sublime por el cual la mujer sabe ser hija desde luego, esposa en seguida y después madre. En esta triple y tierna faena se envuelve todo lo que ella debe aprender y saber; y si mereció a justo título esos nombres,

tenga por sin duda que cumplió con el encargo de la Providencia y los deberes impuestos a ella por la moral humana.

La mujer perfecta en Jenofonte no está adornada de sabiduría sino de cordura, no se endiosa por el valor sino por el sufrimiento, no brilla por las gracias y galanuras físicas sino por la modestia. No hemos sabido que Sócrates discutiese con su mujer acerca de la naturaleza de los dioses; contentábase con mantenerla en la fe de los que había. Y Virgilio nos la ha pintado sentada delante de la rueca, o atizando el hogar en donde se cuece el desayuno del esposo. En las naciones modernas de Europa, como en Inglaterra, no está en dos dedos que la mujer ocupe su lugar. En Francia se ha propasado, y vive en una como licenciosa tiranía respecto de los hombres y de la asociación civil, si hemos de concretarnos a hablar de las ciudades, pues las cosas llevan otro término con la gente campesina. En Alemania la mujer está bien colocada. De aquí es que alguno ha dicho «que las inglesas eran buenas para amigas, las francesas para queridas, y sólo las alemanas para esposas».

Cuando no solamente Virgilio sino también otros grandes poetas y otros grandes conocedores de la naturaleza del hombre pintaron el emblema de la mujer cabal poniendo su imagen delante de la rueca o hacinando hábilmente los carbones del hogar, no tuvieron en su ánimo circunscribir sus aptitudes y deberes al estrecho círculo de la casa y la familia; no la arrancaron fuera de la redondez inmensa que abarca el entendimiento, y de las nobles y variadas ocupaciones de que los hombres son capaces, mediante la elasticidad de su alma, cuyas facultades los encumbran hasta tocar con la propia esencia divina, sacudiendo el polvo terrestre por el cual son tan miserablemente bajos. Quisieron sí a dar a entender esos ingenios que el ahínco de la buena mujer se ha de marcar sobre todo en lo perteneciente a la vida doméstica, como que ella es el modelo de la pública, y como que en ella se recibe la educación según la cual nos hemos de manifestar buenos o malos ciudadanos. Raro será que un buen hijo sea mal discípulo, que un buen padre de familia sea mal patriota. Lo que se aprende en la casa tarde o temprano sale a la calle; por donde la condición del hombre público remonta al privado, y la mujer viene a ser el maestro primitivo del cual aprendemos a ser buenos o malos, importantes o para nada.

Para ser madre cumplida, para inspirar al niño las afecciones que algún día le harán hombre de bien, las ideas que le harán elevado, ¿no es preciso tener en el corazón buen acopio de grandiosas afecciones, claros y justos pensamientos en la cabeza? Para ser cumplida esposa ¿no ha de estar al cabo de las obligaciones que la constituyen tal, y saber al mismo tiempo cuán preciosa es la virtud? Para ser hija obediente y acatadora de la majestad paterna, no basta ese profundo y natural obedecimiento con que todos nacemos; conviene tener luces sobre este eslabón sagrado por el cual pertenecemos a nuestros padres, como la criatura humana en general pertenece al Criador. Y para todo esto ¿no se ha menester filosofía, moral, y aun ciertos conocimientos de otro género? Si hay quien lleve a mal este modo de apreciar a la mujer, tema el caer en falta respeto a la naturaleza: haciéndola buena hija, buena esposa y buena madre, la hemos hecho todo lo que Dios mismo quiso hacerla. Si es buena hija, alimentará a su padre moribundo con la leche de sus pechos, como ya lo hizo la romana antigua, y dará a todas las generaciones un ejemplo sublime de ternura. O bien morirá y se enterrará con él, si no pudo salvarle la

vida, como aquella heroica joven cuyo epitafio encuentran los viajeros a orillas del Rin en los escombros de Aventicum:

*Julia Alpinula: hic jaceo.*

*Infelicis patris infelix proles.*

Y con esto nos enseñará la abnegación, una de las virtudes más preciadas.

Si es buena esposa, se sepultará con su marido, cual otra Eponina, nueve años en una cueva, por acompañarle a huir de los tiranos, o como Arria enseñará a morir por la honra a su marido, atravesándose el corazón con un puñal en su presencia. ¿Y es poco enseñar esto de comunicar con el ejemplo el valor virtuoso, que se encamina a prescribirnos el honor teniendo en poco la existencia?

Si es buena madre, criará Escipiones, dará Gracos, y habrá hecho por la humanidad lo que nunca pudo hacer el hombre más valiente e ingenioso. Cornelia vale más que un héroe, Cornelia es superior a sabios y poetas; Cornelia, inspirando a sus hijos la virtud y la libertad como parte de ella, alcanza mucho más aprecio y veneración de los hombres, que tantos grandes hombres, grandes por haber conquistado y vertido a torrentes la sangre de sus semejantes.

Estas son las hijas, las esposas y las madres que querríamos formar; y a buen seguro que para ser las sombras de ellas, habría mucho que entender y saber. ¿Qué importa ese barniz de sabiduría con que de cuando en cuando han pretendido malamente brillar las mujeres modernas? No han conseguido sino obligar a Molière a escribir la comedia de «Las mujeres sabias», y a Byron la sátira de «The Blues». No, no queremos medias azules: queremos mujeres instruidas en la virtud, apreciadoras de la honra, dignas de nuestro respeto, sin quitarles la instrucción necesaria para su encargo y para la cultura y adorno de inteligencia que alcanzan nuestros tiempos.

Los Estados Unidos, nación inferior a muchas europeas por más de un respecto, han comprendido que el hito de la felicidad estaba en la educación y el puesto de la mujer, y siguiendo este principio en breve superarán a todas en progresos morales como ya las superan en físicos. Allí las mujeres instruyen, educan a los hombres ¡están en el caso! Las mujeres dirigen las escuelas, las mujeres tienen pensiones, las mujeres son maestras de lenguas, y la casa está regida por ellas como Esparta por Licurgo. ¿De dónde procede tan rápido incremento de educación en la mujer americana? De las leyes, que despiertan su buen natural y fomentan su espíritu de virtud; de las leyes, que la tratan como Alejandro a la mujer e hijos de Darío; de las leyes, que las resguardan y las vengan de las tropelías de los hombres. Júzguese cuán protegidas son las mujeres por las leyes de los Estados Unidos por una o dos anécdotas históricas que voy a referir.

Un mancebo de familia distinguida (no las hay en ese afortunado país sino por el talento y las virtudes) enamorese de una joven plebeya; y por grande que sea allá el imperio de la democracia, no se le acomodó el ánimo al muchacho a casarse con la hija de un curtidor. Le inspiró cariño, la perdió. Un hermano de ella va para el seductor y le dice secamente: «Si dentro de un año, en tal día, a tal hora no se ha casado usted con mi hermana, le mato». Transcurre el año, y nuestro Gazul no se casaba. Vino el otro (no había vuelto a decir un término), y en tal día, a tal hora le voló los sesos. El jurado absolvió al reo a votos conformes.

Iban en un vagón, caminando por un ferrocarril, una hermosa niña y un mozo de sus mismos años y semblante. Desconocidos eran estos, y el varón devoraba con los ojos a la otra, que ya no sabía dónde poner los suyos: verdad es que los tenía rasgados, negros, límpidos, cargados de largas pestañas, con lo cual traía revuelto el corazón de su vecino. Llegan a un pueblo, y a tiempo de apearse, el ardiente mozo le pone con vehemencia sus labios en los de ella. La muchacha, sin decir palabra, confundida de rubor, se va para la Policía, con cuyos agentes torna luego al sitio de la ofensa, en donde se prende al malhechor. El jurado le condenó por unanimidad a diez años de presidio.

La perfección y felicidad de la mujer depende de las leyes, las cuales dependen de los hombres: hagámoslas buenas, y nos pondremos en camino de educarla. Después ya podemos ir la perfeccionando con justas y bien sazoadas prédicas, con sublimes paradigmas de los grandes tiempos, con historias de Arrias y Lucrecias, que no pueden poco en su imaginación vehemente y amiga de propender a su importancia.

En el orden de la naturaleza las mujeres pueden mucho; no menos en el social, donde saben estimarlas. Si algo han de valer ellas por mí, yo he de valer algo por ellas, según este decir de un viejo amigo mío. El hombre se protege por lo que él vale, la mujer, por lo que valéis. No se trata aquí de protección, pero sí de aprobación. Y las sé decir que la suya compensará con buena adehala, dejándome a ganar no poco, el deslenguamiento de los necios y de mis enemigos que, puesto que no lo sé, me los debo tener, conforme a la triste regla por la cual no les faltan a los hombres de bien. Pero

«Yo me diré feliz si mereciere

En premio a mi osadía,  
Una mirada tierna de las Gracias,  
Y el aprecio y amor de mis hermanos,  
Una sonrisa de la patria mía,  
Y el odio y el furor de los malvados».